

Invoco tus piedad, y en tus manos
Mi espíritu encomiendo:

Recíbelo, Señor, en tu regazo.

Dos veces se repitió el tierno himno, y en la segunda, al llegar á aquel verso que dice: *En tus manos mi espíritu encomiendo*, lo entregó nuestro Pedro en las manos del Señor dejándonos llenos de ternura, devoción y consuelo.

A la noticia de su muerte, acaecida á fines del mismo año de 1813, se extendió el dolor por toda la casa, manifestándolo en lágrimas no sólo su familia, sino sus amigos, sus criados y favorecidos que habían ido á ser testigos de su muerte.

Se veló el cadáver, según dijo, dos días, no de ocupándose en ellos la casa de sus amigos y beneficiados que lloraban amargamente la falta de tan buen padre, amigo y bienhechor. Por fin se trató de darle sepultura.

CAPITULO XVI.

En el que el Pensador refiere el entierro de Perico, y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta clerisima historia.

A los dos días se procedió al funeral, haciéndole las honras con toda solemnidad, y concluidas, se llevó el cadáver al camposanto, donde se le dió sepultura por especial encargo que me hizo.

El sepulcro se selló con una losa de techal, especie de mármol que compró para el efecto su confesor, haciendo antes esculpir en ella el epitafio y la décima que el mismo difunto compuso antes de agravarse. Aquel era latino y los pondré aquí por si agradare á los lectores.

HIC. IACET
PETRVS SARMIENTO
(VVLGO)
PERIQVILLO. SARNIENTO
PECCATOR. VITA
NIHIL. MORTE.
QVISQVIS. ADDES
DEV. ORA
VT
IN. ÆTERNVM VALEAT.

Lo que en castellano dice:

AQUI YAOE
 PEDRO SARMIENTO,
 COMUNMENTE CONOCIDO
 POR
 PERIQUILLO SARNIENTO
 EN VIDA
 NO FUE MAS QUE UN PECADOR:
 NADA EN SU MUERTE.
 PASAGERO,
 SEAS QUIEN FUERES,
 RUEGA A DIOS LE CONCEDA
 EL ETERNO DESCANSO.

DECIMA.

Mira, considera, advierte,
 Por si vives descuidado,
 Que aquí yace un extraviado
 Que al fin logró santa suerte.
 No todos tienen tal muerte;
 Antes debes advertir,
 Que si es lo comun morir
 Segun ha sido la vida,
 Para no errar la partida
 Lo aseguro es bien vivir.

A todos sus amigos agradaron estas producciones del difunto por su propiedad y sencillez. El padre Pelayo tomó un carbon del incensario, y en la blanca pared del Camposanto escribió, *currente calamo*, ó de improviso, el siguiente.

SONETO.

Yace aquí Periquillo, que en su vida
 Fué malo la mitad, y la otra bueno:
 Cuando de la virtud estuvo ageno,
 Hasta llegó à intentar el ser suicida.
 Tocóle Dios: la gracia halló acogida
 En su pecho sensible, y lo hizo ameno
 Vergel de la virtud. El murió lleno
 De caridad bien pura y encendida.
 ¡Cuantos imitadores, ó querido,
 Tienes en la maldad! Pero no tantos
 Enmendados hasta hoy te habrán seguido.
 Vamos tras del error y sus encantos
 De mil en mil, y al hombre arrepentido
 ¡Lo imitan muchos! No, solo unos cuantos.
 Con razon ó sin ella alabamos todos el soneto
 del padre Pelayo, unos por cumplimiento, y otros
 por afecto ó inclinacion al poeta.
 A imitacion de este escribió su amigo Anselmo
 la siguiente

DECIMA (1).

Ante este cadaver yerto
 Me avergüenzo de mi trato:
 Fui con él amigo ingrato,
 Y le debo aun cuando muerto
 Mis alivios. Bien advierto
 Que fué mi mejor amigo.
 De su virtud fui testigo

1. Desgraciadamente faltan al manuscrito las últimas hojas, y de ahí es que no se pudieron corregir estos versos, como se deseaba, no quedando otro arbitrio que dejarlos tales como se hallan en la edicion anterior. = B.

Y creo Dios lo perdonó,

Pues en mí favoreció

Y perdonó á su enemigo.

Como tenemos todos un poco de copleros á lo menos, fuimos escribiendo en la humildísima pared los versuchos que se nos venían á la imaginación y á la mano. Leida la décima anterior, tomó el carbon su amigo D. Jacobo, y escribió esta

OCTAVA.

A este cadáver que una losa fria

Cubre de polvo, yo debí mi suerte:

Encontréme con él un feliz dia:

Me libró del oprobio y de la muerte,

Dicen que malo fué, no lo sabia:

Su virtud solo supe, y ella advierte

Que el que del vicio supo retirarse

Es digno de sentirse y de llorarse.

D. Tadeo le quitó el carbon á Jacobo y escribió la siguiente

QUINTILLA.

Yace aquí mi buen amigo

Que me calumnió imprudente:

Fuó de su virtud testigo:

El me socorrió elemental,

Y hoy su memoria bendigo.

Se le rotaban las lágrimas al maestro Andrés, al leer los elogios de su amo, y el padre Pelayo, conociendo cuánto debia de amarlo, por ver lo que producía, le dió el carbon, y por más que el pobre se excusaba de recibirlo, nos rodeamos de él instándole á que escribiera alguna cosita. Ello nos costó trabajo persuadirlo; pero por fin, hosti-

gado con nuestras súplicas, cogió el tosco pincel y escribió esta

DECIMA.

Me enseñó á rasurar perros

Este mi amo: á sacar muelas

A las malditas agüelas,

Y cuatrocientos mil yerros;

Pero no tendrá cencerros

De escrúpulos el mortorio,

Porque tambien es notorio

Que me enseñó buenas cosas,

Y tendrá palmas gloriosas

Al salir del purgatorio.

Celebramos como era justo la décima del buen Andrés, y seguí yo á escribir mi copla; pero antes de comenzar me dijo el padre clérigo: Vd. ha de escribir un soneto, pero no libre, sino con consonantes que finalicen en *ente, ante, unto y anto*. Eso es mucho pedir, padre capellan, le dije: sobre que me conozco *chamboncísimo* para esto de versos; ¿cómo quiere vd. que haga un soneto! Y luego con consonantes forzados. Sin tantas fuerzas, es la composición del soneto el castigo que Apolo envió á los poetas, segun dijo Boilau; con que ¿qué sera con los requisitos que vd. pide! A más de que los acrósticos, laberintos, pies forzados, equívocos, retruécanos y semejantes chismes ya prescribieron, y con mil razones, y solo han quedado para ejemplares de la barbaridad y gerigonza de los pasados siglos.

Todo eso está muy bien y es como vd. lo dice, me contestó el padrecito; pero como va vd. á escribir esto entre amigos, en un camposanto, y

no para lucir en ninguna academia, está vd. autorizado para hacer lo que pueda y darnos gusto. Algo hemos de hacer mientras que se acaba de colocar la piedra del sepulcro.

Parecióme impolítica porfiar, y así contra mi voluntad tomé el carbon y escribí este endemoniado

SONETO.

Por más que fuere el hombre delincuente,
Por más que esté de la virtud distante,
Por más malo que sea y extravagante
Desesperar no debe neciamente.

Si se convierte verdaderamente,
Si á Dios quiere seguir con fé constante,
Si su virtud no es falsa y vacilante,
Dios lo perdonará seguramente.

Segun esto es feliz nuestro difunto,
Pues si en su mocedad delinquirió tanto,
Después fué de virtudes un conjunto.

Es verdad que pecó; mas con su llanto,
Sus errores lavó de todo punto:

Fué pecador en vida, y murió santo.

Alabaron mi verso como los demás: ya se ve qué cosa hay por mala que sea, que no tenga un admirador! Con decir que alabaron el verso de Andrés y la siguiente coplilla que le hicieron escribir al indio fiscal de San Agustín de las Cuevas, que para asistir al entierro de su amigo se vino á México luego que supo su muerte, se dijo todo.

La dicha copla, después de muchos comentarios que sobre ella hicimos á causa de que estaba inin-

teligible por su maldita letra, sacamos en limpio que decía:

Con esta y no digo mas:

Aquí murió Señor Don Pegros,

Que nos hizo mil favores,

So mercé no olvidarémos.

Ya no hubo quien quisiera escribir nada después que oyeron alabar la copla del indio; y así nos entretuvimos en copiar los versos con la ayuda de un lápiz que por fortuna se encontró en la bolsa Don Tadeo.

Jamás esperaba yo que semejantes mamarrachos tuvieran la aceptación que lograron. De unas en otras se aumentaron tanto las copias, que en el día pasan seguramente de trescientas las que hay en México y fuera de él [1].

Acabaron de poner la piedra, y habiendo el padre Pelayo y otros sacerdotes que fueron convidados dicho los últimos responsos sobre el sepulcro, tomamos los coches y pasamos á dar el pésame y á cumplimentar á la señora viuda.

Todos los nueve días estuvo la casa mortuoria llena de los íntimos amigos del difunto, y entre éstos fueron muchos pobres decentes y abatidos á quienes socorria en silencio.

Ignorábamos hasta entónces que diera tantas limosnas y tan bien distribuidas. En su testamento dejó un legado de dos mil pesos para que yo los repartiera á estos pobres, segun me pare-

1 Es de creerse que las copias de que habla el Pensador son los ejemplares de este tomo, del que mandó tirar trescientos para la primera edición. En este sentido pasan hoy las copias de tres mil.

ciera y conforme à las s3litas que para el caso me daba en el comunicado respectivo, en que constaban en una lista los nombres, casas, familias y estados de los dichos.

Cumplí este encargo con la exactitud que todos los suyos: continué visitando à la señora y sirviéndole en lo que he podido, advirtiéndole siempre y aun admirando el juicio, la conducta, la economía y el arreglo con que se maneja en su casa; y así ha educado à sus hijos con tino tan feliz, que ellos seguramente honrarán la memoria de su padre y serán el consuelo de la madre.

Pasado algun tiempo y ya mas serena la señora, le pedí los cuadernos que escribió mi amigo, para corregirlos y anotarlos conforme lo dejó encargado en su comunicado respectivo.

La señora me los dió y no me costó poco trabajo coordinarlos y corregirlos, segun estaban de revueltos y mal escritos; pero por fin hice lo que pude, se los llevé y le pedí su permiso para darlos à la prensa.

No lo permita Dios, decia la señora muy escandalizada, ¿cómo habia yo de permitir que salieran à la plaza las gracias de mi marido, ni que los maldicientes se entretuvieran à su costa, despedazando sus respetables huesos.

Nada de eso ha de haber, le contesté: gracias son en efecto las del difunto; pero gracias dignas de leerse y publicarse. Gracias son; pero de las muy raras, edificantes y divertidas. ¡Le parece à vd. poca gracia ni muy comun, que en estos dias haya quien conozca, confiese y deteste sus errores con tanta humildad y sencillez, como mi compadre!

No, señora, esto es muy admirable, y me atrevo à decir que inimitable. Hoy el que hace más, se contenta con conocer sus defectos: pero en esto de confesarlos no se piensa; y aun son muy raros estos conocimientos: lo comun es cogarnos nuestro amor propio y obstinarnos en solapar nuestros vicios, ocultarlos con hipocresía, y tal vez pretender que pasen por virtudes.

Es verdad que D. Pedro escribió sus cuadernos con el designio de que solo sus hijos los leyeran; pero por fortuna estos son los que menos necesitan su lectura, porque sobre los buenos y sólidos fundamentos que puso mi compadre para levantar el edificio de su educacion política y cristiana, tiene una madre capaz de acabar de formarles bien el espíritu, de lo que ciertamente no se descuidará.

En México, señora, y en todo el mundo hay una porcion de Periquillos, à quienes puede ser mas útil esta leyenda por la doctrina y la moral que encierra.

Mi compadre manifiesta sus crímenes sin rebozo; pero no lisongeándose de ellos, sino reprendiéndose por haberlos cometido. Pinta el delito; pero siempre acompañado del castigo, para que produzca el escarmiento como fruto.

Del mismo modo refiere las buenas acciones, alabándolas para excitar à la imitacion de las virtudes. Cuando refiere las que él hizo, lo hace sobre la marcha, y sin afectar humildad ni soberbia.

Escribió su vida en un estilo ni rastrero ni finchado: huye de hacer del sabio, usa un estilo ca-

sero y familiar, que es el que usamos todos comunmente, y con el que nos entendemos y damos á entender con mas facilidad.

Con este estudio no omito muchas veces valerse de los dicharachos y refranes del vulgo, por que su fin fué escribir para todos. Asimismo suele usar de la chanza, tal qual vez, para no hacer su obra demasiado seria, y por esta razon fastidiosa.

Bien conocia su esposo de vd. el carácter de los hombres; sabia que lo serio les cansa, y que un libro de esta clase, por bueno que sea, en tratando sobre asuntos morales, tiene por lo regular pocos lectores, cuando por el contrario, le sobran á un escrito por el estilo del suyo.

Un libro de estos lo manosea con gusto el niño travieso, el jóven disipado, la señorita modista, y aun el pícaro y tuno descarado. Cuando estos individuos lo leen, lo menos en que piensan es sacar el fruto de su lectura. Lo abren por curiosidad y lo leen con gusto, creyendo que solo van á divertirse con los dichos y cuentecillos, y que este fué el único objeto que se propuso su autor al escribirlo; pero cuando menos piensan, ya han bebido una porcion de máximas morales, que jamas hubieran leído escritas en un estilo serio y sentencioso. Estos libros son como las píldoras, que se doran por encima para que se haga mas pasadera la triaca saludable que contienen.

Como ninguno cree que tales libros hablan con él determinadamente, lee con gusto lo picante de la sátira y aun le acomoda originales, que conoce, y en los que el autor no pensó; pero despues

que vuelve en sí del éxtasis delicioso de la diversion, y reflexiona con seriedad que él es uno de los comprendidos en aquella crítica, lejos de incomodarse, procura tener presente la leccion, y se aprovecha de ella alguna vez.

Los libros morales es cierto que enseñan, pero solo por los oidos, y por eso se olvidan sus lecciones fácilmente. Estos instruyen por los oidos, y por los ojos. Pintan al hombre como el és, y pintan los estragos del vicio y los premios de la virtud en acontecimientos que todos los dias suceden. Cuando leemos estos hechos nos parece que los estamos mirando, los retenemos en la memoria, los contamos á los amigos, citamos á los sujetos cuando se ofrece: nos acordamos de éste ó del otro individuo de la historia, luego que vemos á otro que se le parece, y de consiguiente nos podemos aprovechar de la instruccion que nos ministró la anécdota. Conque vea vd., señora, si será justo dejar sepultado en el olvido el trabajo de su esposo cuando puede ser útil de algun modo.

Yo no elogio la obra por su estilo ni por su método. Digo lo que puede ser. no lo que es en efecto. Mucho menos digo esto por adular á vd. Sé que su esposo era hombre, y siéndolo, nada podia hacer con entera perfeccion. Esto seria un milagro.

La obrita tendrá muchos defectos; pero estos no quitarán el mérito que en sí tienen las máximas morales que incluye, porque la verdad es verdad, dígala quien la diga, y dígala en el estilo que quisiere, y mucho menos se podrán tildar las rectas intenciones de su esposo, que fueron sacar

traca del veneno de sus extravíos, siendo útil de algun modo á sus hijos y á cuantos leyeran su vida, manifestándoles los daños que se deben esperar del vicio, y la paz interior y aun la felicidad temporal que es consiguiente á la virtud.

Pues si á vd. le parece, me dijo la señora, que puede ser útil esta obrita, publíquela y haga con ella lo que quiera.

Satisfechos mis deseos con esta licencia, traté de darla á luz sin perder el tiempo. ¡Ojalá el éxito corresponda á las laudables intenciones del autor.

FIN.

PEPUEÑO VOCABULARIO

De las voces provinciales ó de origen mexicano usadas en esta obra, á más de las anotadas en sus respectivos lugares.

A.

Acocote. de *Acocotli*, huaje ó calabazo prolongado de que usan los indios para extraer el agua miel, de los magueyes ya raspados.

Ahuizote: de *Ahuizotl*, cierto animalejo de agua como perrillo.—Animal del mal agüero.— Véase la nota de la página 59 del tomo 1º.

Amilpa. Véase *Milpa*.

Atole. Bebida y alimento regional muy sano y de fácil digestion, resultado de varias operaciones que se hacen con el maíz, de cuya pepita interior es una legitima horchata.

Axcan.—adverbio. Ahora. Así, eso es, así ca.